

EL GRITO QUE NUNCA MURIÓ

En los Andes, donde el viento es testigo,
el suelo sangraba, el oro era castigo,
España reinaba con mano de hierro,
robando la vida, sembrando el miedo.

La mita, la carga de un pueblo oprimido,
llevaba a hombres a minas de olvido,
donde en Potosí la muerte aguardaba,
con fiebre, azufre y cadenas doradas.

Los obrajes ardían en gritos y sangre,
tejían con manos de niños sin madre,
las mujeres lloraban las ausencia del hijo,
vendidos, forzados, sin un destino.

Los corregidores, al mando del trono,
imponían tributos con látigo y plomo,
Antonio de Arriaga, el más despiadado,
saqueaba en Tinta con rostro envenenado.

Pero en Surimana, en el valle callado,
un niño nacía con ojos de rayo,
José Gabriel Condorcanqui su nombre,
descendiente del Inca, de sangre y de monte.

Creció viendo el hambre, sintiendo el lamento,
supo que el pueblo vivía en tormento,
y aunque la nobleza su vida adornaba,
el fuego en su alma la guerra anunciaba.

Aprendió en la escuela de letras y espadas,
monto por los Andes, oyó las plegarias,
tocó con sus manos la piel de la rabia,
y en su corazón, la lucha estallaba.

Micaela Bastidas, mujer de su vida,
no era solo esposa, sino la guía,
sabía, valiente, maestra y guerrera,
con voz de tormenta y alma sincera.

Con ella planeó, con ella soñó,
que el pueblo andino rompiera el horror,
y que nunca más el sol de los Incas
se hundiera en la sombra de una conquista.

El 4 de noviembre, el trueno rugió,
Jose Gabriel Condorcanqui se alzó,
con su lanza, su furia, su grito de inca,
y España tembló en su propia ruina.

Antonio de Arriaga cayó como un perro,
con sogas de pueblo se ajustó su cuello,
el corregidor, con oro en la boca,
murió en la horca, murió sin victoria.

Las tierras de Tinta ardieron en llamas,
los pueblos oprimidos rompieron sus jaulas,
y desde Cusco hasta el Titicaca,
el pueblo que andaba descalzo marchaba.

Tomasa Tito Condemayta en brazos de guerra,
reunió a sus huestes se hizo leyenda,
las mujeres de Acos, con lanzas y piedras,
gritaban la lucha, la furia sincera.

Diego Cristóbal Tupac Amaru, su primo y su hermano
condujo tropas en campos sagrados,
Matias Rojas, guerrero sin miedo,
alzó la bandera en nombre del fuego.

Los esclavos de haciendas, los negros,
los mestizos sin tierra, los niños
cautivos, todos marchaban, todos gritaban:
“¡Que muera el rey, que viva la patria!”

Pero España no cede, España
responde, manda soldados, cañones y horrores,
cuatro mil hombres con pólvora y muerte,
borrando los sueños, callando las voces.

El traidor Francisco Santa Cruz vendió la esperanza,
entregó a su gente, rompió la balanza.
y en emboscada de sombras y frío,
Tupac Amaru fue cautivo.

Lo llevan al Cusco, lo atan con grilletes,
los jueces del Rey sentencian sin tregua,
el juicio es una farsa, la pena es la muerte,
España no olvida, castiga con fiereza.

Micaela Bastidas, valiente de acero,
fue arrastrada en piedras, en látigos fieros,
le cortan la lengua, le quiebran los huesos,
pero ni un solo grito concede a sus opresores.

Hipólito y Fernando, hijos de trueno,
inocentes y puros, sin culpa ni miedo,
fueron arrancados del pecho materno,
y entregados al filo del odio severo.

Tomasa Tito, la flor de batalla,
cayó en la horca, su luz apagada,
pero su nombre, escrito en cenizas,
sigue brillando en las almas andinas.

El 17 de mayo, la muerte se alza,
la Plaza de Armas se llena de lagrimas,
Túpac Amaru con ojos de llama,
mira su pueblo, y no baja la cara.

Le atan los brazos, le atan las piernas,
cuatro caballos tiran con fuerza,
pero su cuerpo, de furia y de piedra,
no se desgarran, la historia lo observa.

El verdugo, sudado, empuña la espada,
con un solo tajo le arranca la cara,
su cabeza, al pueblo, se muestra en la plaza,
pero su grito aún tiembla en el alba.

Su cuerpo es partido, su sangre regada,
sus fragmentos enviados a tierras lejanas,
como advertencia, como sentencia,
pero no entienden que el alma no muere.

Las hojas susurran su nombre en el viento,
las montañas lo gritan en su firmamento,

Tupac Amaru no muere en el suelo,
vive en las manos del pueblo que es fuego.

Jose Gabriel Condorcanqui, guerrero,
Micaela Bastidas, coraje de acero,
Tomasa Tito, flor de tormenta,
Hipólito y Fernando, estrellas eternas.

Diego Cristóbal, Matías Rojas,
heroes de pueblo, sangre de historia,
hombres y mujeres que alzaron su raza,
que nunca se rinden, que nunca descansan.

El Rey no entendió que el miedo no dura,
que la sangre es semilla, que el alma perdura,
y en cada bandera que grita justicia,
vive Túpac Amaru, la voz que no calla.

Que no haya mas mitas, mas dueños, ni amos,
que el pueblo se alce, que rompa los lazos,
que nunca en América vuelva el silencio,
porque la historia es fuego, y el fuego es eterno.